

## **22 : La sal de la tierra (15 p.).**

Texto actualizado el 27/11/24

El primer texto data de 1931, el segundo de 1948.

Incluye una crítica al establishment eclesiástico, al secularismo y a la neoescatología.

Haga clic en el capítulo que desee leer.

### **Contenido**

1. La sal de la tierra. ....	1
A. “Vosotros sois la sal de la tierra”, .....	1
B. “Sin embargo, cuando la sal pierde su fuerza...” .....	5
C. “¿Con qué se salará?” .....	7
2. Sacerdocio y mística. ....	10

### **1. La sal de la tierra.**

¡Todo para gloria de Dios! “Vosotros sois la sal de la tierra, pero si la sal pierde su fuerza, ¿con qué se salará?”.

#### **A. “Vosotros sois la sal de la tierra”,**

*Luc. 14: 34/35; Mar. 9:49; Mat. 05:13*

Antes, casi nunca rezaba por los sacerdotes. Pensaba que estaban tan llenos de gracia que no necesitaban las oraciones de los laicos (1919). Hace doce años, me di cuenta, por una gracia divina, de que era necesario rezar por los sacerdotes; es más, llegué a creer que la intercesión por los sacerdotes, la oración por los sacerdotes santos, es la oración más importante de nuestro tiempo.

Cada vez que en aquellos años me venía a la mente la palabra del Señor: “Vosotros sois la sal de la tierra...”, de la Escritura o de cualquier otra parte, me preguntaba qué quería decir Jesús cuando dijo: “Pero si la sal pierde su fuerza... “Una interpretación general de la palabra me parecía demasiado superficial. Quería saber cuál era la causa más profunda de la pérdida de fuerza de la sal, pero no encontré una explicación ni en un libro ni en ninguna otra parte. Así que no busqué más, creyendo que nada podía quitarle a la sal su poder de salar. Del mismo modo, nunca pude averiguar qué error humano lleva a la pérdida del poder sobrenatural de “la sal de la tierra” de la que habla el Evangelio.

(1) Cristo, el Señor, es la personificación de lo sobrenatural. Sobrenatural es Su origen; sobrenatural amor surgió de Su encarnación; por insondable amor y humildad, descendió del establo de Belén; por infinito, sobrenatural amor por las almas, por sobrenatural humildad y sobrenatural, divina gracia, sufrió una vergonzosa crucifixión. Toda su vida y su obra dan testimonio de lo sobrenatural que hay en Él. Lo mismo puede decirse de su Evangelio. El pensamiento de Jesús era totalmente sobrenatural; por eso, todo y todos eran importantes para él. Nada carecía de sentido para él, ni siquiera la pérdida de uno de nuestros cabellos. ¡Qué lección para nosotros! ¡Digna de la infinita grandeza y santidad de Dios!

(2) Como legado más valioso, Cristo dejó a su Iglesia el sacerdocio, al que confió todos los tesoros de su gracia para que fueran entregados al pueblo. Consideró al sacerdote como su sucesor y representante del pensamiento sobrenatural en el mundo que había creado. Todo en el sacerdote es sobrenatural: su vocación, su oficio exaltado, toda su labor. Por lo tanto, el sacerdote no puede dejar de considerar todo desde el punto de vista sobrenatural. Debe seguir para siempre el ejemplo de Cristo y testimoniar ante los hombres el pensamiento y la acción sobrenaturales.

“Sin mí nada podéis hacer”, dijo Jesús a sus apóstoles: por eso pusieron en Él toda su confianza. Ellos, que habían sido los primeros en ser ordenados sacerdotes por Él, y le tenían a Él como sumo sacerdote eterno como ejemplo, estaban completamente abrumados e imbuidos de la alta dignidad, el poder divino y la fuerza que Cristo les había transmitido a través del sacerdocio. Un deseo sobrenatural e intenso por la salvación de las almas humanas, a través de la sangre de Cristo, les impulsó a ir por el mundo para llevar el pan sobrenatural del Evangelio a los hambrientos niños humanos. No tenían nada, no podían hacer nada por sí mismos, de esto eran clara y plenamente conscientes; su fuerza era Cristo y su Espíritu Santo. De Jesús habían aprendido el pensamiento sobrenatural; vivían en la tierra, pero su caminar era celestial. Por su apariencia externa eran pobres, pero eran más ricos que todos los reyes de la tierra y esto por la gracia de su Señor. Tenían tesoros celestiales para regalar. Confiados en que, a través de Jesús, toda petición al Padre celestial sería atendida, imponían las manos sobre los enfermos: “Yo soy pobre, nada es mío; pero lo que tengo, os lo doy. En el nombre de Jesús (con su poder divino, que me da como sacerdote suyo, con su amor y su gracia), te digo: levántate y anda”.

Con el poder de Cristo, en virtud de su poder sacerdotal, los apóstoles expulsaron la enfermedad, la muerte, a Satanás. Ellos, con pocas

excepciones, hombres ordinarios, predicaron con elocuencia y poder sobre los misterios más profundos de la fe de Dios, y miles se convirtieron. Su maestro era sólo el Espíritu Santo; a Él invocaron primero, sólo en Él confiaron, y Él recompensó divinamente su confianza. Él destruyó todos los obstáculos; y como su objetivo era unir en la fe a todos los pueblos de la tierra, superó las diferencias lingüísticas. Los gentiles, al igual que los judíos, tuvieron que arrodillarse aquí ante la grandeza de Dios, ante la dignidad y exaltación de Su sacerdocio.

El sacerdocio de hoy tiene la misma dignidad y el mismo poder que en tiempos de los apóstoles; también tiene la misma tarea, o quizá más difícil. Los apóstoles tuvieron que propagar la sobrenatural “luz del mundo”, Cristo, en la noche del antiguo paganismo. Aquí y allá, en aquella noche, ardían algunas llamas sobrenaturales: había entre los paganos verdaderos buscadores de Dios. El sacerdote de hoy.

Traer de vuelta “al viejo Cristo” como los apóstoles-no pocas veces el sol del pensamiento sobrenatural a la oscuridad más profunda, la oscuridad del infierno y la maldad total en la que hasta la última chispa sobrenatural se ha apagado- , . Este ateísmo moderno es la última consecuencia del pensamiento temeroso de Dios. Aquí el sacerdote, como encarnación y representante de lo sobrenatural, es el enemigo del sinsentido por excelencia. Se le odia y se le quiere exterminar con una crueldad sin precedentes, mientras que en el rechazo sistemático de Dios actúa una maldad mucho más profunda y donde Satanás celebra victorias aún más duras que en el paganismo antiguo.

Como en los primeros tiempos de la Iglesia, los sacerdotes de hoy son enviados por Dios como corderos entre lobos, pero no desprotegidos, sino con la tranquilizadora advertencia: “¡No tengáis miedo, pequeño rebaño; igual que los primeros sacerdotes conquistaron el mundo por el poder sobrenatural de Cristo, vosotros intentaréis conquistar toda la maldad humana y cruel!”. ¿Qué poder de la tierra o del infierno es capaz de dominar completamente a un sacerdote mientras permanezca anclado en lo sobrenatural? Su patria es el corazón de Dios, en el que ningún enemigo puede penetrar. Sin embargo, al igual que los apóstoles, están rodeados de muchas plagas durante este tiempo; no conocen el descanso. Llenos de santo celo, se esfuerzan cada día por buscar y purificar las almas perdidas mediante la sangre de Cristo.

Estos sacerdotes de mentalidad sobrenatural y, por tanto, santos, son la alegría, el consuelo del Corazón de Jesús y los vasos del Espíritu Santo llenos de dones sobrenaturales. Incluso hoy en día, Dios obviamente obra milagros a través de ellos como si sólo estuviera esperando un deseo de ellos. Su fe, su confianza y su amor no tienen límites. Sin atribuirse nada a sí mismos, sino sabiendo que poseen el poder a través de la gracia sacerdotal de Cristo, también imponen amorosamente las manos sobre los enfermos, orando sobre ellos con fervor, y con fe y amor apostólicos. Hacen la señal de la cruz sobre estos pobres con sus manos consagradas o con santas reliquias. Ahora, como entonces, esta oración sacerdotal es un alivio para los que sufren, y a menudo les trae la recuperación completa.

Estos poderes sagrados (dunamis), como la historia de los talentos en el Evangelio, son un bien extremadamente valioso. Según la voluntad de Dios, no deben enterrarse, sino duplicarse, incluso multiplicarse. Por el efecto glorioso, visible y palpable de la gracia de Dios, consecuencia de esta costumbre profundamente piadosa, los tesoros de la fe, la esperanza y el amor deben multiplicarse en las almas de los fieles, y para las almas de los infieles y de los descarriados deben convertirse en un nuevo don. El anuncio de la fe debe acelerarse, la gloria de Dios en la tierra debe promoverse y la recompensa del celoso sacerdote en el cielo debe ser rica.

En su predicación, estos sacerdotes divinos se apoyan únicamente en el Espíritu Santo y son entonces eficazmente su órgano. Él los llena de su luz y sabiduría. Les da su poder y su unción y prepara sus corazones. Como estos sacerdotes sólo buscan el honor de Dios y la salvación de las almas, las semillas esparcidas dan fruto abundante. En estos sacerdotes vive el amor, la bondad, la misericordia, la humildad de Jesús. Los pobres pecadores, los náufragos de la fe, lo sienten. Allí tienen confianza, acuden y encuentran paz para sus almas; porque estos sacerdotes que caminan por el cielo llevan en el rostro el reflejo del Paraíso. Respiran literalmente la paz; él, como anticipo de la paz eterna, es su parte ya en la tierra. El Espíritu Santo, que hace muy mansas a las almas que le son confiadas, da a estos sacerdotes un fino sentido de la orientación. Como guías seguros, acompañan a los fieles con mirada imperturbable por el monte de perfección que Dios les ha prestado. Su ojo luminoso reconoce sin duda a Jesús en sus dones; ve de lejos al enemigo y tiene muchas armas listas para vencer.

Estamos bien con pastores tan santos, que siempre son conscientes de sus responsabilidades, tienen presente su alta dignidad y la tienen presente en cada momento de su vida. Al igual que a su amo y señor, a estos

sacerdotes nadie puede oponerles resistencia. Jesús, que vive y obra en ellos, despierta nostalgias celestiales en todo corazón, capaz de nobles movimientos, en cuanto entra en contacto con él.

Uno y sólo uno puede resistir, y llegar al extremo: Lucifer. Con odio mortal, moviliza el infierno, inunda estas imágenes de Jesús con un torrente de retranca, con burlas, y esparce las más odiosas calumnias contra ellos para hacer infructuosa su santa obra, sí, para destruirlos ,

¿Qué más pueden hacer ahora? Son los predilectos de Cristo; por eso, su sufrimiento es cada vez más el alimento de su amor. Más a menudo que antes, corren a su paraíso en la tierra, al tabernáculo, y siempre vuelven de allí con un celo aún más santo, un amor aún más ferviente, una paciencia aún mayor, una humildad aún más profunda, con tanta felicidad y alegría, que no puede ser barrida por ningún sufrimiento, que no puede ser compensada por la mayor felicidad terrena. Ahora bien, ¿dónde está la victoria del diablo? Avergonzado, podrá esconderse en el abismo.

Estos santos sacerdotes, que buscan lo sobrenatural sobre todas las cosas y en todas las situaciones, son la sal de la tierra, que mantienen vivos los pensamientos sobrenaturales en la tierra, y esto hasta el final de los tiempos.

### ***B. “Sin embargo, cuando la sal pierde su fuerza...”***

(1) Es un misterio de Dios y permanecerá hasta el gran día del juicio final que Él permita alcanzar la devoción y la dignidad del sacerdote a los que no son llamados.

¿No sucede aquí y allá que alguien es obligado por sus padres y parientes a estudiar teología por razones puramente terrenales, y el joven no tiene el valor de gobernar abiertamente? Así que se convierte en sacerdote y en un desgraciado de por vida. La compulsión que se le impone es, si no una justificación, al menos una circunstancia atenuante, y Dios será misericordioso con él. Apenas poseerá el santo poder de la sal y, por tanto, será tan bueno como incapaz para el servicio de las almas. ¡Pobre pastor! ¡Pobre rebaño!

(2) Es tanto más desastroso - y puede suceder muy a menudo en tiempos de fe débil - cuando un hipócrita consigue entrar en la profesión más sagrada del sacerdocio, y ocupar una posición respetada y segura. Esta es una de las cosas más terribles de la tierra. Porque un hombre tan desdichado no teme

entrar en el santuario del Señor con el ropaje mundano cubierto de polvo de los pensamientos y deseos terrenales, sin haber hecho ningún esfuerzo por llevar la vestidura sacerdotal de la unidad pura y sobrenatural.

Dios, que sostiene y lleva con su gracia a los buenos sacerdotes y los consuela en todas las dificultades, se apartará de un intruso que no tiene nada en común con el Santísimo. Tal sacerdote es la sal de la tierra por la santa ordenación, pero su sal carece de todo poder porque le falta el espíritu sobrenatural; por lo tanto, no puede proteger a las almas de la corrupción. Estas almas impotentes, serán acusadas ante el tribunal de Dios.

La prueba o el castigo más severo que puede imponer el Señor de una Iglesia es, sin duda, el de ese pastor, por lo que, cuando pedimos a Dios sacerdotes santos, deberíamos rogarle que impida que ordene sacerdotes a personas inadecuadas. De vez en cuando, sin embargo, los estudiantes de teología deberían cuestionarse seriamente si Dios, y sólo Dios, fue el único factor decisivo en la elección de su profesión.

Un sacerdote que piensa sobrenaturalmente descansa en el corazón de Jesús, como Juan. Jesús comparte con él más y más de su poder - y - gracia divinos. Así como este poder sobrenatural emanaba de los apóstoles, para que todos los pobres, enfermos, pecadores y paganos lo sintieran, así también emana de estos sacerdotes, que por esta profunda interioridad están íntimamente conectados con Cristo, su Señor.

Si un sacerdote es demasiado afectuoso hacia el mundo y sus intereses, comienza al mismo tiempo a alejarse de Jesús. En proporción a este alejamiento, disminuye el poder sobrenatural de este sacerdote: disminuye el celo de su alma, disminuye su compasión por los pecadores, por lo tanto es menor la iluminación del Espíritu Santo, y también el bálsamo de su palabra consoladora para las heridas del alma; disminuye su compasión por los enfermos, y también la inspiración de su oración y el poder de su bendición.

El sacerdote participa de la omnipotencia, la sabiduría y la bondad de Dios. El cielo y la tierra son susceptibles de poder y fuerza sobrenaturales; el cielo y la tierra e incluso el infierno están sujetos a este poder sacerdotal y le obedecen. Sin embargo, sólo será plenamente eficaz si el sacerdote lo utiliza de un modo muy puro y sobrenatural.

A veces sucede que los sermones sencillos de un sacerdote poco dotado exteriormente parecen más perdurables que el sermón perfecto en su forma, elegante y lleno de espíritu de un gran erudito con túnica sacerdotal. ¿Por qué? Toda la erudición humana es para Dios como humo pasajero. Si el sacerdote, dotado de todos los dones de la naturaleza y de la gracia, agradece humildemente a Dios que le dé toda la gloria, sin reclamar nada para sí; si, a pesar de su gran intelecto y ricos conocimientos, confía sólo en el Espíritu Santo, dándose todo, a sí mismo y a los corazones de los oyentes, entonces su palabra será ricamente bendecida por Dios, y su fruto será centuplicado. Pero si un sacerdote se esfuerza por su propia gloria y honor, él, que debería buscar la gloria de Jesús, que lo envió, su palabra es un sonido, que llega al oído, pero nunca al corazón del oyente.

### **C. “¿Con qué se salará?”**

Durante mis tareas domésticas, me vino a la mente en aquel momento un pensamiento totalmente nuevo, que me afectó intensamente y me pareció tan chocante. Como era difícil de comprender, me entristecí durante mucho tiempo. Supongamos, pensé, que con su pregunta: Pero si la sal pierde su fuerza... ¿se refería ahora a un período de tiempo bien definido?

La formulación de la pregunta puede tomarse como una suposición. “Apenas pensado, este pensamiento fue seguido inmediatamente por la respuesta.” Sí, será el momento en que los sacerdotes expliquen todo lo sobrenatural, es decir, todos los milagros, dones de gracia, como una obra del diablo totalmente natural, como histeria, sugestión, autosugestión, hipnosis, mera enfermedad natural, y cosas por el estilo.”

Esto rompe los bancos del reino de Dios en la tierra. Las olas de la incredulidad y la subsiguiente maldad pueden desatarse sin control y causar una destrucción sin parangón en la iglesia. Impotente se ha convertido entonces en la sal de la tierra, y en este mundo vacío de puro pensamiento terrenal, ya no hay un medio para restaurar la salinidad sobrenatural.

¿Es eso un pensamiento catastrofista? ¡Dios lo mostrará en el futuro! ¡Dad a todos los sacerdotes que sean siempre cuidadosos y humildes en sus juicios y especialmente en la condena de los acontecimientos sobrenaturales!

El sacerdote es el guardián y administrador de lo sobrenatural en el mundo natural. Esta tarea le ha sido confiada por nuestro Señor y Salvador Jesucristo. Por tanto, el sacerdote debe ser capaz de creer en lo sobrenatural allí donde se manifieste en esta pobre tierra. En esto, debe ser más abierto de mente que el laico. Dios le ha dado para ello todos los medios

sobrenaturales para comprobarlo. Más que nunca, se debe buscar la ayuda del Espíritu Santo; entonces no habrá engaño, y el rechazo prematuro está tan fuera de cuestión como el reconocimiento prematuro ...: ¿Está el sacerdote más interesado en la ciencia que en el Espíritu Santo, o buscó de alguna manera la gloria para sí mismo en un asunto tan sagrado? No sería imposible que fracasara.

1. Pero si un sacerdote interpreta las cosas sobrenaturales y divinas de un modo natural, entonces permanecen ocultas para él y para los demás las inestimables gracias que Dios quiso dar para su mayor glorificación de este y no otro modo.

2. Por otra parte, si el sacerdote declara natural una obra demoníaca extra-natural; entonces él, que tiene el poder del Todopoderoso para aprisionar a Satanás en el abismo más profundo, libera al enemigo mortal y asesino de almas, en libertad. Sólo en la eternidad podremos condenarlo, qué pérdida, qué calamidad trae.

El sacerdote es -normalmente- el ejemplo para el seglar en todo lo sobrenatural. El laico no quiere ser más fiel que el sacerdote. Por eso, el laico adquiere en diez veces lo que el sacerdote puede hacer de una sola vez. Una vez que el creyente se adentra en el camino del escepticismo y la duda, también es más mundano que el sacerdote, porque no tiene apoyo en el estudio teológico, pero carece de perspicacia, a menudo no puede discernir suficientemente. Ahora bien, si el sacerdote explica los sucesos sobrenaturales, que han existido en todos los tiempos en la Iglesia católica y siguen ocurriendo, como fenómenos naturales, el laico, que no tiene formación teológica, hará lo mismo.

¿Quién me da la seguridad incondicional de que los milagros de los (indoctos) Apóstoles no tienen su causa y explicación en la hipnosis, la sugestión, la autosugestión, el magnetismo y similares? Hoy en día, se oye a los católicos (!) - hablar del “extraordinario poder de sugestión” de Jesucristo. ¿Adónde vamos a parar? ¿Con qué se puede salvar cuando la sal pierde su poder?

Sí, una vez que la mayoría de los sacerdotes declaren lo sobrenatural como natural, entonces el mundo se enfrentará al caos de la maldad. Entonces habrá un tiempo en el que el mundo y Satanás juntos cultivarán el trigo de Dios, en el que Satanás y el mundo se unirán y desatarán tormentas sin precedentes para poner a prueba los cimientos de la Iglesia



católica. Será demolido todo lo que no esté cimentado en Dios, lo que no esté anclado en lo sobrenatural. ¿Quién puede imaginarlo sin un profundo asombro?

Cuando llegue el momento, cuando haya llegado esa época tan llena de gracia en la historia de la Iglesia de Cristo, el pueblo menos coronado, hundido en el dolor y la tristeza, deberá suplicar al Señor con lágrimas ardientes:

Ahora no tenemos nada en la tierra que nos sostenga como Tu palabra: “Las puertas del infierno no la arrollarán”. “Por eso ponemos toda nuestra confianza en Ti. Pero tú, Señor, ¡ten piedad de nosotros! ¡Ten piedad de nosotros y envía nuevos santos apóstoles a tu Iglesia, llenos del Espíritu Santo como los primeros! Con la erudición de este mundo, ¡no son nada! Sólo Tú serás el principio y el fin. Sé la fuente y el mar de su aprendizaje, para que la humanidad adore tu grandeza y santidad, como al principio de la iglesia, y se arrodille ante ti con admiración incluso hoy, para que todos, como entonces, estén unidos bajo un pastor en fe sobrenatural, esperanza sobrenatural y amor puro y sobrenatural.

¡Amén! ¡Que así sea, Señor y Dios!

Weingarten / Wttbg., septiembre de 1931

M. Trips

## **2. Sacerdocio y mística.**

(Suplemento de: tú eres la sal de la tierra. Cuando la sal pierde su fuerza, ¿con qué se salará? septiembre de 1931)

El sacerdocio católico y la mística están unidos como la vida terrenal al aire atmosférico. No pueden separarse. Para el sacerdocio, una separación significa la privación del aliento, la entrada de la rigidez y la frialdad de la muerte con el anquilosamiento y la esterilidad.

Ya la vocación y en primer lugar la ordenación y el funcionamiento del sacerdote pertenecen a la oración mística. Llamado por Dios, el sacerdote es el dador de los secretos de Cristo. El mundo no tiene nombre alguno para su profesión sobrenatural. Tampoco puede definir al sacerdote católico. Es y sigue siendo el inconformista, el incomprensible, el completamente anormal, al que tratan con la mayor sospecha. Incluso si un sacerdote toma todas las consideraciones y desprecia incluso el misticismo por estos motivos, no le sirve de nada. No es amado por el mundo. Si sólo hace concesiones, incluso grandes, sigue siendo el desagradable, al que la gente halaga, o se le considera una figura cómica y se le deja de lado a su debido tiempo.

Si el sacerdote, por los motivos que sean, no muestra interés por la mística y se muestra reticente hacia ella, se trata de una deficiencia de su sacerdocio, que se manifiesta especialmente en el oficio pastoral. Su trabajo como maestro, consejero y líder nunca puede traspasar ciertos límites terrenales, meramente humanos, incluso en los casos de gran erudición y buena voluntad. Es, como se muestra en este llamativo asunto, justicia divina. Dios el Señor es Él mismo el vigilante y el juez. Él ve la actitud de las almas, Él cuenta los pasos, mide los grados y establece los límites.

Pecar contra las leyes naturales conduce inevitablemente al castigo. Si un sacerdote, que por profesión y oficio es inseparable de la mística, llega a burlarse de la mística en los superdotados y a poner en ridículo las apariciones del Señor, de la Virgen, de los ángeles y de los santos, entonces esto, sobrenaturalmente considerado, es tan insensato y contradictorio, como en la vida terrena un error va contra una ley natural. Con la misma certeza que en el ámbito natural, también en el sobrenatural sigue la correspondiente respuesta divina. Tal error conduce a la ceguera interior y al empobrecimiento; puede, de acuerdo con la culpa, llevar a la mendicidad.

Cuán terrible es cuando la vista espiritual está tan nublada que las obras de gracia del Espíritu Divino ya no pueden distinguirse de la inteligencia

natural, la perspicacia o la imaginación, o de la influencia del infierno. Tal hombre permanece deficiente, ya no distingue el oro del brillo, o la verdad de las apariencias. Cuando un sacerdote se vuelve tan pobre, las almas hambrientas lo dejan frío. Doloroso cuando el traje nupcial de los llamados por Dios está tan cubierto del polvo de las calles del mundo que las almas ya no pueden encontrar en él nada sobrenatural. Si el sacerdote conserva el carácter sobrenatural y místico de su profesión, es respetado por el mundo y por el infierno. Si renuncia al sello dado y querido por Dios, el infierno adquiere el poder de amordazarlo, y el mundo piensa que ya no lo necesita, y, si se siente lo suficientemente fuerte, lo pisotea.

La fuerza del sacerdote reside únicamente en la sobrenatural disposición celestial. Por muy preciosa y deseable que sea su inteligencia, queda subordinada a la luz infinitamente superior y omnipresente del espíritu divino que le ha sido concedida. Prueba de ello son los apóstoles, el santo vicario de Ars y muchos otros. El poder del mundo crece en la medida de la constancia de sus sacerdotes.

Jesús, el místico, el maravilloso, el infinito, el que todo lo posee, el que todo lo puede, el Dios y hombre personal ha dado a la humanidad, por amor compasivo, el sacerdocio católico. Ha puesto en sus manos su riqueza, su poder y su fuerza, por medio de los cuales, como visibles suyos, llevando su sello, puede comunicar a las almas los tesoros divinos a los contemporáneos, él portador de la gracia, salvador, ayudador, consolador en toda angustia. El sacerdocio místico y milagroso se ha manifestado en los apóstoles, en todos los santos sacerdotes de la Iglesia. Así se manifiesta hoy y hasta el día más joven en todos los sacerdotes que tienen la disposición sobrenatural de los apóstoles, la fe filial apostólica.

Allí no se vive el desprecio y el ridículo por los acontecimientos místicos, sólo hay reverencia y serio interés, no se contempla la superficialidad y el escepticismo del mundo, aquí sólo vale una cosa: ¿cuál es la voluntad de Dios? ¿Qué exige ahora el Señor de nosotros? Esa fue la actitud de los apóstoles, que se reconoce clara y distintamente en el Evangelio y en las historias de los apóstoles. Qué receptividad, qué entrega por otra parte. Qué dones de dones, de gracia indeciblemente grande. Jesús dice: si no os hacéis como niños... sí que eran niños, y por eso mismo también herederos de todas las riquezas de Cristo.

Y allí donde hoy los sacerdotes son niños, tratando la mística con el interés de los apóstoles, son de nuevo herederos del poder del Señor. Cuando San Juan dice que la fe vence al mundo, se refiere a la fe infantil apostólica.

Él y sólo Él vence al mundo. Contra Él, el mundo es absolutamente impotente. Él literalmente lo mantiene bajo sus pies. No puede hacer nada contra Él. Sin embargo, si la fe se ve afectada por el espíritu de la época, hace la más mínima concesión, ya no tiene ningún poder sobre el mundo, y esta fe es vencida.

Entonces uno ya no encuentra nada milagroso, místico en el sacerdote. Ya no se distingue de los hijos del mundo.... No teme el infierno, aunque muestre un vivo poder de acción. El mundo no lo considera más grande como su igual, ya no ve en él nada que pueda asombrarlos, ningún poder y fuerza de Cristo, sino más bien la revelación de su propia debilidad y pobreza. Completamente incomprensible y casi excesivo, el sacerdote secularizado va en contra de su vocación y devoción sobrenaturales.

La Iglesia católica y la mística, el sacerdocio y la mística están conectados como el cuerpo y el alma. Quien consciente o inconscientemente trabaja en separarlos, trabaja en su propia perdición. Del mismo modo que nunca se convierte en un acto, sólo dan daño y sufrimiento, tibieza, indiferencia, debilidad de fe, finalmente apostasía y persecución.

La mística de la Iglesia comienza ya con el anuncio de la encarnación y nacimiento de Cristo. Se corona con el descenso del Espíritu Santo, que permanece en la tierra desde entonces o hasta el último día. Con fe y humildad infantiles, María aceptó el mensaje del ángel y le dio su sí. Con fe infantil, los apóstoles escucharon humildemente la palabra del Señor, vieron sus milagros y los proclamaron al mundo. Como fruto de esta fe, cosecharon gracia sobre gracia con la madre del Señor durante toda su vida. Como sucedía entonces, sucede también hoy. Sacerdotes con disposiciones completamente sobrenaturales, que tratan la mística con fe filial apostólica *dee-moed*, reconocen y proclaman los milagros de hoy sin miedo al mundo. Son siervos exquisitos del Señor, llenos de la gracia del Espíritu Santo.

En el Antiguo Testamento se dice una y otra vez: la palabra del Señor salió a tal y tal; en el Nuevo Testamento no es diferente. A menudo, cuando Jesús tenía un deseo para la Iglesia o quería llevar a las personas a una mayor perfección, se servía de un instrumento para ello. Aquí se mencionaron, por ejemplo, Santa Catalina de Siena, Juliana de Lutich,

Margarita de Alacoque, y en nuestro tiempo Fátima y otros lugares. A menudo Jesús elegía sacerdotes, más aún; almas sencillas e ignorantes, sí, incluso niños. Con cariño, elegía a los débiles, a los enclenques, para hacer patente a la gente su fuerza, su grandeza y sabiduría. No sólo para los sacerdotes y los eruditos, sino también para los creyentes, esto puede ser una prueba de humildad y de fe apostólica infantil.

Parece que se complace especialmente en los sacerdotes que escuchan aquí su voz, que se apropian de la mística. Esto se manifiesta en la gracia que concede a tales sacerdotes, un privilegio que no todos conocen.

De este sacerdote se puede decir: oh profundidad de riquezas, sabiduría y perspicacia de Dios y perspicacia de las almas. Qué luz, claridad, certeza al juzgar el discernimiento de los espíritus. Qué humildad al mismo tiempo. Es como si el Espíritu Santo derramara toda la plenitud de sus gracias y dones sobre este sacerdote. No hay fin, sólo gracia y otra vez gracia. Convierten a los pecadores, consuelan en el Espíritu Santo, curan con el poder de su bendición, expulsan a los demonios incluso hoy en día, como hacían entonces los apóstoles.

Para este sacerdote tiembla el infierno, para él lo sobrenatural se hace visible al mundo, a través de él se ilumina la luz de la verdad y encuentra el camino de vuelta a casa, igual que en el otro caso, inconsciente e involuntariamente, la pobreza interior se revela en toda su pobreza. También aquí la riqueza interior es inagotable. Aquí el Espíritu de Dios da mucho más de lo que las almas se atreven a pedir, de lo que pueden esperar y sospechar. El cristiano que se arrodilla ante un sacerdote así sólo puede asombrarse y dar gracias a Dios.

La verdadera actividad apostólica está ligada a la fe filial apostólica, a la familiaridad sobrenatural apostólica y a la humildad apostólica que brotan de ella. Dondequiera que estén juntos estos tres santos, se encuentra incondicionalmente la fecundidad apostólica. A esto pertenece la palabra del Señor: y vuestro fruto permanecerá para siempre. Aquí, pues, el hombre pasa completamente a un segundo plano. Aquí es el Espíritu Santo quien obra.

Cualquiera que entre en contacto con un sacerdote así sabe que son sacerdotes santos. Los fieles deben rezar para que los no llamados no se conviertan en sacerdotes. Hoy totalmente ocultos, burlados, escarnecidos, tales sacerdotes la madre del Señor y San Juan, van camino del Gólgota y se ponen bajo la cruz del Señor comprendiendo, y participando en su

sufrimiento. Esto requiere una fuerza del alma que sólo puede explicarse por una gracia especial, que debe tener una cooperación con la gran promesa: las puertas del infierno no la arrollarán. Estos sacerdotes pueden ser considerados con toda justicia como los pilares de la Iglesia de nuestro tiempo, que cuando todo lo demás se quiebra, no vacila y no cae. Por lo tanto, estos elegidos fueron y son siervos de Cristo, aunque las corrientes de la época corran a la inversa. Que sean mayoría o minoría puede determinar sustancialmente los vaivenes de la iglesia.

Alejado de Dios esto no tiene éxito; pero por amor y misericordia el sacerdote dio la promesa, y el Señor obra el milagro, de que Él siempre da nuevos sacerdotes hasta el final, con la seguridad de la fe apostólica-infantil y la humildad apostólica. Tales sacerdotes serán también un día los luchadores exitosos contra el Anticristo, el apoyo y el consuelo de los fieles en los tiempos más terribles.

La maldad de hoy está en la penúltima frontera. Pronto, también será cruzada y - aplastando "la sal de la tierra" como nunca antes fue pisoteada - a la frontera final donde Dios, el Señor, ordena Sus todopoderosos "¡Alto!" ordena. Entonces se hacen realidad las palabras del profeta del Antiguo Testamento: "Derramaré mi espíritu sobre toda carne... Habrá señales en el cielo y señales en la tierra de humo, fuego y sangre".

Sí, entonces vendrá el Espíritu Santo, milagrosa y místicamente, y renovará la tierra, no suave y dulcemente como con los apóstoles, cuyas palabras sólo llegan hasta Jerusalén, no, esta vez vendrá como un huracán, una tormenta de fuego y sobre toda la tierra. Nadie escapará de Él, nadie podrá esconderse de Él; todos deben reconocerle, todos adorarle. A los que están contra Él los destruirá; a los que son de buena voluntad los purificará y limpiará. En Jerusalén hizo fuegos indelebles de santos para iluminar al mundo; Aquí hace de los pecadores santos, y de los santos columnas de fuego, para conducir por la luz y el calor que dan, al mundo entero al corazón de Jesús y al seno de su Iglesia.

Por eso, los sacerdotes que hoy se enfrentan a la incompreensión, al desprecio y a las dificultades son bendecidos tres veces, incluso por parte de personas afines por causa de la mística. Cristo Señor, además, les recompensa con abundante gracia. Pero mañana estarán con aquellos que, llenos del Espíritu Santo, brillan como soles y conducen a la Iglesia a victorias gloriosas. Pasado mañana, el gran día de gloria sin fin, serán aplaudidos: los sacerdotes del Señor, hombres santos y humildes, que por

causa de su fe soportaron la injusticia, los que sostuvieron el templo del Señor cuando se tambaleaba, ¡alabado sea el Señor por siempre!

Señor, ¡envía tu espíritu y crea y renueva la faz del mundo! ¡Domine, emitte Spiritum tuum et creabuntur, et renovabis faciem terrae! Amén.

Weingarten /Wttbg., im Juni 1948.  
Trips María.